



MANUAL IV

Mi nueva
vida

MANUAL IV

Mi nueva
vida



MINISTERIO CASA SEGURA



El presente material es de distribución gratuita, prohibida su comercialización.
La versión de las Escrituras utilizadas en este material corresponde
a la versión Reina Valera 1960.

Ministerio Casa Segura
Casa Segura Publicaciones

www.casasegurapublicaciones.es
contacto@casasegurapublicaciones.es
info@casasegurapublicaciones.es
Facebook: Casa Segura Publicaciones
Instagram: Casa Segura Publicaciones
Tel. +34 951 57 43 17
Whatsapp +34 685 75 69 65

¡Bienvenido!

El hecho de que tengas este manual en tus manos significa que estás manteniéndote firme en tu decisión de ser transformado completamente en tu mente, alma y espíritu.

Este manual corresponde a la cuarta etapa de “Mi Nueva Vida”, un tiempo de aprendizaje y descubrimientos que te está llevando a convertirte en la persona que Dios, en su diseño original de tu vida, ideó que fueras.

Durante esta etapa, continuarás encontrando verdades que desconocías, encontrarás las causas y las respuestas a muchas de las preguntas que hasta hoy te hacías, y se te brindarán las herramientas y los recursos prácticos para resolver cuestiones que aún tienes pendientes y que, hasta hoy, no sabías cómo resolver.

Te damos la bienvenida a esta cuarta etapa y te alentamos a seguir aferrándote a Jesús con pasión, con entrega y con el coraje de convertirte en la persona que Dios, tu Padre y Creador, te ha llamado a ser.

¡Bendiciones!

Índice

		<i>Pág.</i>
Clase 1:	El fruto del Espíritu	8
Clase 2	Espiritualidad	16
Clase 3	Actitud positiva	20
Clase 4:	Visión	26
Clase 5:	Entrega total	29
Clase 6:	El llamado	32
Clase 7:	Principios de liderazgo	36
Clase 8:	El precio del liderazgo	41
Clase 9:	La persona del líder	45
Clase 10:	Peligros del líder	50
Clase 11:	La responsabilidad frente a la familia	61
Clase 12:	Familia y ministerio	64
Clase 13:	La formación de los hijos	67
Clase 14:	Características de un discípulo de Jesús	70
Clase 15:	Nuestro distintivo	77

Clase N°1

EL FRUTO DEL ESPÍRITU

Dios está interesado en que crezcamos en todas las áreas de nuestra vida. Pero, al igual que un edificio no puede construirse si no tiene buenos cimientos, de la misma forma, un siervo de Dios no puede crecer si el fruto del Espíritu no madura en él.

Veamos por un momento cuál es este fruto y cómo se aplica a nuestras vidas: *“el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”* (Gálatas 5: 22-23). Los veremos actuando en tres aspectos:

- *En nuestras vidas:* amor, gozo, paz.
- *Hacia otras personas:* paciencia, benignidad, bondad.
- *Hacia Dios:* fe, mansedumbre, templanza.

1) El amor

“El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1º Juan 4:8).

Así como el odio lastima a otros, el amor genera un impacto en los demás. Algunos creen que al amor se demuestra a través de lo material o que, por el contrario, no hace falta demostrarlo, simplemente con *estar* es suficiente; pero el amor genuino y no egoísta es aquel que se expresa y que está atento a la necesidad del otro.

Este amor es el que proviene del corazón de Dios, el que nos atrajo a Cristo, el que solo puede darnos el Espíritu Santo, obrando en y a través de nosotros. Es el amor que nos describe el apóstol Pablo: *“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser”* (1º Corintios 13: 4-8).

El amor es un mandato de Jesús: *“Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”* (Mateo 5:44). Evidentemente, el amar a alguien no está sujeto a la forma en que esa persona se conduzca o sea con nosotros, sino todo lo contrario. Independientemente de cómo los demás nos traten o de lo simpáticos que nos puedan caer, el hecho de amarlos o no será una decisión que tomemos de obedecer al mandato del Señor. Si damos lugar en nuestro interior a que el Espíritu Santo deposite su amor en nosotros, podremos aceptar, perdonar y ser compasivos para con los demás, así como Jesús mismo lo fue para con sus enemigos.

2) Gozo

“El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13)

Gozo es el *sentimiento de alegría o placer causado por la posesión, contemplación o esperanza en algo*. El hecho de sentir gozo no está sujeto a las situaciones que puedan ocurrir a nuestro alrededor: *“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los*

cielos” (Mateo 5: 11-12). Como podemos ver, así como el amor, el gozarse no es algo que se debe sentir, sino que también es un mandato del Señor. Es quitar la mirada de las situaciones adversas que podamos atravesar, para ponerla en la recompensa que recibiremos después, como en este caso Jesús alentaba a sus discípulos a poner la mirada en el galardón que habrían de recibir en el cielo.

Hay personas que solo sienten gozo cuando las cosas les salen bien: se compran un coche nuevo, se mudan de casa, consiguen trabajo, etc., pero cuando las cosas se complican, pareciera que el gozo se desvanece en sus vidas; en otras palabras, las situaciones externas los condicionan. Pero estar gozosos es tener buen ánimo aun en medio de situaciones difíciles (Hechos 27:25).

3) Paz

“la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7).

Paz es el estado de tranquilidad, temperamento sosegado o apacible de una persona. Cuando nuestra relación con Dios crece, la paz viene a nosotros, como resultado de esa relación estrecha con él.

Jesús es el Dador de la paz: *“La paz os dejo, mi paz os doy, yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”* (Juan 14:27).

La paz es resultado de nuestro caminar con Dios (Lucas 1:79). Hay gente que busca la paz de diferentes maneras: a través de viajes, vacaciones, cambios rotundos en sus vidas, etc.; pero, al pasar ese momento que solo les dio placer momentáneo, se dan cuenta de que no hallaron verdadera paz, porque los problemas siguen y la intranquilidad no se fue de sus corazones. La paz de

Dios es aquella que nos permite estar confiados y serenos, aun en medio de los peores momentos de la vida (Juan 16:33).

4) Paciencia

“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lucas 21:19).

Paciencia es la *capacidad de sufrir sin desesperarse* y confiar, a pesar de no ver las salidas que estamos esperando. Como vemos en el versículo citado, es un elemento indispensable para alcanzar la salvación de nuestras almas.

Si hay un ejemplo de paciencia en la Biblia, lo encontramos en la vida de Job. Este hombre de Dios, a pesar de ser perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal (Job 1:1), tuvo que sufrir las calamidades más terribles a las que una persona se pueda enfrentar: la pérdida de todos sus bienes y posesiones, y la de sus seres más queridos (Job 1: 13-19). Sin embargo, lejos de quejarse o despotricar contra Dios, Job tuvo una actitud diferente: *“se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”* (Job 1: 20-21).

En ocasiones, tal vez nos toque pasar por tiempos de prueba o presión que parecieran ser interminables. Pero recordemos que esos mismos problemas serán los que desarrollen la paciencia en nosotros (Santiago 1:3). El fruto de la paciencia en nosotros nos permitirá soportar las circunstancias o los errores de las personas sin perder los estribos y sin tomar decisiones apresuradas, sino esperando el tiempo de Dios (Efesios 4:2).

5) Benignidad

“su benignidad te guía al arrepentimiento” (Romanos 2:4).

Benignidad es lo opuesto a la agresividad y la aspereza. Una persona benigna es alguien que muestra buena voluntad y comprensión para con los demás. Una persona que sabe ponerse en el lugar del otro para comprender sus errores y desaciertos.

El apóstol Pablo nos alienta a ser *benignos los unos con los otros*, a ser *misericordiosos* y a *perdonarnos los unos a los otros* (Efesios 4:32). El propio Señor Jesús nos dice que Dios es *benigno para con los ingratos y malos* (Lucas 6:35).

La benignidad será una cualidad a la que deberemos dar lugar en nosotros, si queremos ser verdaderos discípulos de Cristo: estar dispuestos a hacer el bien, aún a aquellos que consideramos que no se lo merecen.

6) Bondad

Bondad es la inclinación de alguien a hacer el bien. Existe un dicho popular que dice: *“No alcanza con ser bueno, también hay que demostrarlo”*. Si el fruto de la bondad está prosperando en nosotros, esto deberá verse en nuestros actos y acciones para con los demás.

Tanto lo bueno o lo malo que hagamos, brotará siempre de nuestro corazón (Mateo 12:35). Si nuestro corazón está contaminado con malas cosas, las obras que salgan de él no tendrán otra naturaleza. Pero si nuestro corazón está siendo lleno del Espíritu Santo, las obras que broten de él serán obras de justicia.

Por otro lado, *“al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”* (Santiago 4:17), esta es otra verdad que nos enseña la Palabra de Dios, por lo que estará en nosotros tomar las decisiones

que tengamos que tomar para agradecer a Dios con todo lo que somos y todo lo que hacemos, y para tener frutos de justicia que exalten su Nombre.

Tanto nuestra bondad, como la falta de ella, será examinada y juzgada llegado el momento (Mateo 25: 31-46), por lo que debemos procurar actuar de la manera en que Cristo actuaría si estuviese en nuestro lugar, para obtener recompensa y no castigo por nuestros actos.

7) Fe

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

Como la propia Biblia lo define, fe es la seguridad acerca de lo que esperamos recibir y de la existencia de aquello que nuestros ojos naturales no pueden ver.

Una persona sin fe tiene puestos sus ojos en los problemas, en las dificultades, en las situaciones difíciles que tiene que enfrentar a diario: en lo que se ve. Mas aquel que desarrolla el fruto de la fe es capaz de ver con ojos espirituales lo que otros no pueden ver; ve la salida, la solución, ve el conflicto resuelto, sabe y tiene la seguridad de que Dios moverá su mano a su favor y abrirá nuevos caminos. La fe es la que nos hace mirar al cielo y confiar, teniendo la certeza de que Dios responderá.

La fe, si no es acompañada por la acción, no tiene fundamento. Cada cosa que declaramos con nuestra boca debe ir acompañada de acciones que la corroboren y confirmen, y demuestren esa fe que estamos proclamando: *“¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el*

cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2: 14-17).

8) Mansedumbre

“aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29).

Mansedumbre es la cualidad que define a aquel que soporta los agravios recibidos sin responder con agresión.

Ser manso es moverse con moderación, pero a la vez, con fortaleza. Uno puede enojarse cuando hay que enojarse, pero es importante también que aprendamos a reconocer nuestras fallas cuando nos equivocamos.

Manso es lo opuesto a explosivo. El que tiene un carácter explosivo reacciona en todo momento, pero el manso actuará calmado y pensará las cosas antes de hablar o reaccionar. La mansedumbre nos permitirá evitarnos muchos problemas y aun hacer cesar a aquel que es reaccionario: “la mansedumbre hará cesar grandes ofensas” (Eclesiastés 10:4).

Si deseamos imitar a Cristo, la mansedumbre deberá caracterizarnos.

9) Templanza

“Con sabiduría se edificará la casa. Y con prudencia se afirmará” (Proverbios 24:3).

Templanza es sinónimo de moderación y de prudencia. Es el dominio de las pasiones y deseos, teniendo la sobriedad y la conducta de controlar los arrebatos y no actuar precipitadamente y sin pensar.

El que es templado sabe tener sus deseos bajo control. Es aquel que es disciplinado en lo que *debe* hacer y no en lo que *quiere* hacer. Una persona que desarrolla la templanza, difícilmente caerá frente a la tentación.

Conclusión

Jesús resaltó que no es por los dones, ni por los talentos que nos van a reconocer como sus discípulos suyos, sino por el fruto que haya en nosotros: “*Por sus frutos los conoceréis*” (Mateo 7:16).

Actividad práctica:

Vamos a hacer una autoevaluación en cada uno de los nueve frutos del Espíritu Santo, calificándonos del 1 al 10. Luego de ponernos una nota en cada uno, vamos a tonar nota de algo práctico que haremos durante la semana para cambiar aquellos aspectos en los que creemos que debemos mejorar. Por ejemplo: si nos cuesta expresar el amor, en la semana nos acercaremos a alguien y le demostraremos nuestro afecto mediante un hecho concreto. Si nos cuesta mantener en nuestra vida la calma o la paz, en la semana trabajaremos sobre este punto, examinando y poniendo especial cuidado en nuestras reacciones y estados de ánimo, y así en cada área en que sintamos que debemos mejorar. La semana siguiente, compartiremos nuestras experiencias con la clase, a manera de testimonio. Allí podremos comprobar cuánto se han estado desarrollando los frutos del Espíritu en nuestra vida.

Clase N°2

ESPIRITUALIDAD

Además de los frutos del Espíritu Santo, existen algunos valores que son necesarios en nuestra vida para convertirnos en imitadores de Cristo, los cuales será importante que podamos desarrollar. Uno de ellos es la espiritualidad.

De la misma forma que un gran edificio debe estar sostenido por grandes columnas, todo hijo de Dios que quiera crecer es el área espiritual deberá estar fundamentado sobre pilares que lo mantengan firme. El valor de la espiritualidad parece un valor muy subjetivo, muy abstracto, muy intangible; ¿cómo podemos hacer práctica la espiritualidad?

1) Espiritualidad es poner a Dios en primer lugar *siempre*

“en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien” (Salmos 73:28).

El ser humano está dividido en tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Cuando no conocíamos al Señor, en nuestra vida trabajaban activamente el alma y el cuerpo. Dentro del alma están los sentimientos, las emociones, los afectos, la razón, la voluntad. Nos movíamos por la razón, por lo que sentíamos, por los impulsos, y el cuerpo simplemente obedecía a las órdenes que la mente le daba, sin tener en cuenta o detenerse a considerar si realmente era bueno y productivo lo que hacía, si era correcto o si tenía la bendición de

Dios. Cuando conocimos a Cristo, comenzamos a entender que debíamos empezar a darle prioridad al espíritu.

Poner el espíritu en primer lugar significa que ahora el alma y el cuerpo van a estar por debajo de lo que importa espiritualmente en nuestras vidas. Esto no quiere decir que dejaremos a un lado nuestras responsabilidades, tales como ir a trabajar, cuidar de nuestra salud física, atender a nuestra familia, etc.; sino que, por el contrario, vamos a poner nuestra vida de oración y nuestra relación con Dios en primer lugar, para que luego todas las demás cosas: responsabilidades, obligaciones, decisiones, determinaciones, puedan ir acomodándose y encontrando su lugar también (1^o Corintios 2:13).

Algunos tienen la costumbre de actuar primero y luego orar y preguntar: *“Señor, ¿por qué me pasó tal o cual cosa?”*. Cultivar en nosotros el área espiritual nos va a llevar a consultar al Señor antes de hacer las cosas, antes de que sucedan, evitando así caer en errores o tomar malas decisiones que puedan llegar a traernos malas y graves consecuencias (Hechos 9:6).

2) **Espiritualidad es un firme compromiso con la santidad**

“lavaba yo mis pasos con leche y la piedra me derramaba ríos de aceite” (Job 29:6).

La Biblia habla de estar constantemente *lavando nuestros pasos*. En nuestro caminar, inevitablemente, nos vamos ensuciando con cosas que nos pasan, con cuestiones que escuchamos, con cosas que hacemos o decimos. *Lavarnos* significa *arrepentirnos*. La palabra que recibimos de parte de Dios nos lava, nos confronta y nos provoca arrepentimiento (Juan 15:3). Así como a diario lavamos nuestro cuerpo porque de por sí está contaminado por diferentes factores (sudor, elementos externos como humo, tierra, etc.), así

también es importante que a diario realicemos un lavamiento espiritual.

La santidad no es otra cosa que la muerte del *yo*; es priorizar la voluntad de Dios por encima de la nuestra. La total muerte del *yo* desata ríos del Espíritu Santo sobre nuestras vidas (Juan 3:30). Debemos tomar decisiones firmes para vivir en santidad y no dejarnos confundir por diferentes propuestas u ofertas que podamos recibir.

3) **Espiritualidad es un anhelo constante de que la voluntad de Dios se lleve a cabo**

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

Una persona espiritual no solo pone la voluntad de Dios por encima de la suya propia, sino que también anhela profundamente y acciona por que la voluntad de Dios se lleve a cabo y se establezca, no solamente en su entorno directo, en sus familiares, amigos, etc., sino también en las naciones de la tierra.

Una persona espiritual está interesada en que en el mundo suceda lo que Dios quiere que suceda; que las naciones se vuelvan a él, que los pueblos se vuelvan a él, que la humanidad determine poner a Dios como centro de su existencia. Por esa razón, en sus motivos de oración siempre está el establecimiento del Reino de los Cielos sobre las naciones de la tierra y, además de orar y de interceder por esto, se involucra en actividades que puedan contribuir con ese establecimiento, como el evangelismo y la propagación de la Palabra de Dios por todos los medios posibles, además de vivir de tal manera que en su propia vida pueda verse reflejado lo que anhela y desea para todos los hombres. Se convierte en un ejemplo, en un referente, en un modelo al que otros puedan también imitar, tal como el apóstol Pablo enseñaba a los

creyentes: *“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”* (1º Corintios 11:1).

Conclusión

Si deseamos ver una nación transformada por el poder de Dios, deberemos orar por ello, pero teniendo un fuerte compromiso con nuestra santidad y con la búsqueda constante de Dios y su presencia. Si la Iglesia de Cristo levanta en alto el valor de la espiritualidad, comenzaremos a ver el cambio que todos estamos esperando.

Clase N°3

ACTITUD POSITIVA

Otro de los valores necesarios en un hijo de Dios es la *actitud positiva*. Definitivamente, ser personas positivas será uno de los secretos para poder salir adelante y desarrollarnos en la vida; mucho más en el liderazgo.

Tanto el tener una actitud positiva, como una negativa, es algo que se adquiere y luego se desarrolla. No es fácil cuando cargamos con la mochila de un pasado negativo; tal vez, provenimos de una familia en la que habitualmente se remarcaba *el vaso medio vacío*. Y no es fácil tampoco para nosotros reconocer que tenemos una actitud negativa. Quizás nos lo han dicho, pero aun así no lo podemos notar, pero si podemos abrirnos a Dios y permitimos que él obre en nosotros, sanando cosas viejas que acarreamos de mucho tiempo y rompiendo con moldes que tal vez hemos heredado de nuestras familias y antepasados, podremos dar lugar entonces a desarrollar una actitud contraria: una actitud positiva.

¿Cómo podemos lograrlo?

1) Cambiando nuestra manera de pensar

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

La Palabra de Dios es esencial para que esto se logre. Reemplazar pensamientos negativos por pensamientos positivos. Esto lo podemos lograr llenándonos de la Palabra de Dios que, por ejemplo, nos dice: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Filipenses 4:13); esta palabra será la indicada para usar y declarar en el momento en que el *“No puedo”* intente dominarnos.

Observemos el ejemplo de David y Goliat; cuando aquel muchachito manifestó atreverse a enfrentar al gigante, las respuestas que recibió no fueron las más alentadoras: *“Dijo Saúl a David: No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud”* (1º Samuel 17:33). El rey miraba solo su condición humana, pero no estaba teniendo en cuenta la postura de fe de David quien, en otras palabras, estaba declarando *“No soy yo, es Dios en mí”*, diciendo: *“Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo”* (1º Samuel 17:37).

El rey quería mostrarle una realidad que solo podría llenarlo de temores: *“Es mucho más fuerte, está capacitado para la guerra”*; pero David declararí: *“Tú vienes contra mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos”* (1º Samuel 17: 45-46).

El rey buscaba compararlo con otros: *“Desde su juventud ha peleado, simplemente eres un jovencito pastor de ovejas”*. Pero David diría: *“Sí, soy un simple pastor, pero Dios está conmigo, y*

como me dio fuerzas contra el oso y el león, me dará fuerza contra este incircunciso”.

David no quiso usar la armadura que Saúl le ofreció: *“Saúl vistió a David con sus ropas, y puso sobre su cabeza un casco de bronce, y le armó de coraza. Y ciñó David su espada sobre sus vestidos, y probó a andar, porque nunca había hecho la prueba. Y dijo David a Saúl: Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué. Y David echó de sí aquellas cosas”* (1º Samuel 17: 38-39). David necesitaba una nueva actitud, no la misma que tenía Saúl. Entendía que no podía luchar con el espíritu de Saúl, que necesitaba un nuevo espíritu: el Espíritu de Dios.

Una persona con mentalidad negativa, que todo lo ve de una forma pesimista, no podrá hacer realidad sus sueños. Debemos pensar menos en los problemas y más en las soluciones, buscar siempre el lado positivo de todas las cosas.

2) Cambiar nuestra manera de hablar

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29).

Existen personas que, a flor de piel, usan expresiones tales como: *“No se puede”; “Es imposible”; “Esto es demasiado”; “Nunca lo voy a alcanzar”;* etc. Estas palabras bloquearán el don que Dios nos ha dado, la salida a todos nuestros problemas y a los desafíos que vienen por delante, y desatará un espíritu de desesperación y hasta nos hará entrar en un estado depresivo, sin tener en cuenta cuánto afectarán e infectarán a quienes las escuchen. Qué diferente es creer y declarar que Dios siempre nos ayudará a encontrar la salida. La Biblia dice: *“mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo”* (1º Juan 4:4).

Tal vez no tengamos conciencia, pero lo que nuestros labios declaran es producto de lo que nuestro corazón cree: *“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca”* (Lucas 6:45). Si queremos conocer cuál es el grado de negatividad en nuestras vidas, solo debemos prestar atención a los dichos que salen de nuestra boca. El Señor puede ayudarnos a cambiar estas cosas, pero lo ideal será que nosotros mismos comencemos a prestar atención a lo que decimos, y a cambiar nuestros dichos negativos en positivos, mucho mejor, si utilizamos la Palabra de Dios para reemplazarlos (Salmos 35:28).

3) Cambiar nuestra manera de actuar

“Mejorad vuestros caminos y vuestras obras” (Jeremías 7:3).

Esto va a implicar, muchas veces, el negarnos a nuestra propia naturaleza, que nos dice: *“No vayas, no vale la pena, quédate en casa, no lo hagas”*. Hay momentos en que no tenemos deseos de hacer algo, y no es realmente importante que lo hagamos o no, puede esperar, y podemos nosotros esperar a tener la fuerza y el deseo de hacerlo. Pero hay cosas que, por más que no tengamos ganas, deseos, incluso fuerzas, debemos hacer igual, como ir a trabajar, por ejemplo. Cuando esto nos suceda, solo deberemos esforzarnos en hacerlo, aun yendo en contra de nuestro propio sentir. Comprobaremos que, una vez que comenzamos a hacerlo, y comenzamos a poner nuestro empeño y nuestra pasión en ello, empezamos a verlo de otra manera, y las fuerzas y el deseo de llevarlo a cabo nos invaden por completo.

La actitud positiva nos lleva a hacer las cosas igual, aunque no tengamos ganas ni fuerzas; y los resultados siempre son

favorables: nos vencimos a nosotros mismos y dejamos un ejemplo a quienes estuvieron observándonos.

La actitud positiva hace que descubramos la alegría de la vida en lo cotidiano. La alegría estimula la creatividad, nos relaja para enfrentar las responsabilidades diarias. Mucha gente no valora lo que tiene, porque siempre está enfocada en lo que le falta. La actitud positiva nos hace prestar atención a lo que tenemos, en lugar de estar menospreciándolo.

Algunos pierden la alegría cuando algo imprevisible se presenta. Es importante entender que la vida constantemente nos sorprenderá con nuevos escenarios y experiencias. El propósito de esto es ayudarnos a crecer, a que nada desestabilice nuestro estado de ánimo, por más trágico y terrible que pueda ser. Obviamente que, si sucede algo inesperado, uno pasará por momentos de tristeza y dolor, pero la actitud positiva no se queda a vivir en el dolor: siempre busca superar las pérdidas.

La buena noticia es que Dios estará con nosotros, siempre. Para cada problema Dios ha preparado una salida, para cada situación, para cada interrogante: *“yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20).

Conclusión

Debemos buscar a Dios para que él nos ayude a:

- *Descubrir nuestras fortalezas.*

Dios a cada uno nos ha dado fortalezas, puntos fuertes. Necesitamos identificar cuáles son.

- *Controlar los estados de ánimo.*
- *Concentrarnos siempre en las soluciones, no en los problemas*
- *Desarrollar la perseverancia.*
Es la actitud de no abandonar hasta alcanzar la meta.

A poder tomar las adversidades de la vida, no como un complot en nuestra contra, sino como oportunidades para crecer.

Clase N°4

VISIÓN

Otro valor importante que no debe faltar en un hijo de Dios es la *visión*: una visión amplia, una visión sin límites, una visión que proviene de Dios.

¿Qué significa tener visión?

Sabemos que visión es el acto de ver, lo que se puede lograr a través de los ojos, aunque ellos solo pueden mostrarnos lo que existe en el plano natural en el que nos movemos. Puntualmente en esta clase hablaremos de visión, pero no en el plano natural, sino en el plano espiritual.

Una persona con visión espiritual es una persona que sabe a dónde va, que tiene un objetivo a alcanzar, que tiene metas propuestas y planes y proyectos a futuro, y está enfocada en alcanzarlos, cualquiera sea su precio.

1) Una visión sin límites

“Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que vez, la daré a ti a tu descendencia para siempre (Génesis 13: 14-15).

Lo que Dios le estaba prometiendo a Abraham era algo, tal vez, humanamente difícil de creer. Sin embargo, Dios fue fiel con su siervo y cumplió con lo que le había dicho.

Los hombres, de por sí, somos limitados. Nos cuesta pensar que las bendiciones de Dios puedan no tener límites, ya que estamos acostumbrados a que, en el mundo en el que vivimos, todo es por raciones, por cuotas, por partes. Pero los pensamientos de Dios son mucho más altos que los nuestros (Isaías 55: 8-9); cuando Dios se propone entregarnos algo, no se propone entregarnos solo una parte, una porción, solo un poco; él se dispone a entregarnos TODO: *“hasta sus límites más lejanos”* (Josué 17:18).

Una persona con visión espiritual es una persona que ve las cosas desde el mismo punto de vista de Dios, ve las cosas como Dios las ve. ¿Qué visión estamos teniendo hoy? ¿La visión que la gente que no conoce a Cristo tiene, que solo puede ver los problemas, las circunstancias adversas, y no las soluciones? ¿O estamos teniendo la visión que tiene Dios?

“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán” (Apocalipsis 4:1). Dios mismo nos invita a subir hacia donde él está, para ver las cosas desde su perspectiva, y no desde la nuestra. Las cosas desde la altura se ven muy diferentes a como se ven desde sobre la tierra.

2) Todo comienza por un sueño

“Soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos... He aquí que atábamos manojos en medio del campo, y he aquí que mi manojito se levantaba y estaba derecho, y que vuestros manojos estaban alrededor y se inclinaban al mío. Le respondieron sus hermanos: ¿Reinarás tú sobre nosotros, o señorearás sobre nosotros?” (Génesis 37: 5-8).

En aquel momento, el joven José no tenía idea de lo que Dios iba a hacer con él, como así tampoco sus hermanos. Unos cuantos

años más tarde, aquel sueño que José había tenido se cumplió al pie de la letra: *“Vinieron los hijos de Israel a comprar entre los que venían... Y José era el señor de la tierra, quien le vendía a todo el pueblo de la tierra; y llegaron los hermanos de José, y se inclinaron a él rostro a tierra”* (Génesis 42: 5-6).

Durante esos años que transcurrieron entre el sueño de José y su cumplimiento, José tuvo que vivir muchas cosas: adversidades, oposiciones, procesos permitidos por Dios para que él pudiese estar en las condiciones requeridas para ocupar el lugar que Dios lo había llamado a ocupar: *el señor de la tierra*, el segundo después del Faraón. Pero en todos esos años José, a pesar de no comprender el por qué de muchas cosas, no se desanimó, no dejó de creer, y no dejó de soñar. José se aferró al sueño que Dios le había entregado, y perseveró hasta verlo hecho realidad.

De la misma manera, Dios quiere entregarnos un sueño; un sueño personal, un sueño como familia, un sueño ministerial. Si nosotros nos atrevemos a creerle a Dios, veremos y viviremos grandes cosas en él.

Conclusión

“Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia” (Génesis 15:5).

Dios siempre buscará llevarnos a por más, a no conformarnos con lo que tenemos hoy o con lo que la vida u otras personas determinaron que tuviéramos. Estará en nosotros abrimos a él y permitir que sea él mismo quien ensanche nuestra visión y nos lleve a ver lo que él ve y como él lo ve.

Clase N°5

ENTREGA TOTAL

La entrega total es una actitud que implica un perseverante esfuerzo de nuestra parte. Es la cualidad que define a la persona que lo entrega *todo*, que ha resignado muchas cosas de sí mismo, de su tiempo, de su vida, en pos de la visión y del llamado que Dios le entregó: *“He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos”* (2º Corintios 12: 14-15).

El apóstol Pablo sabía que, sin trabajo fuerte, no se alcanzaría nada. Pablo sabía que, sin sacrificio, no llegaría a cumplir el propósito de Dios. El corazón de Pablo estaba entregado, al punto de estar dispuesto a dar su propia vida, si era necesario. Por más que tengamos un sueño de parte de Dios, que tengamos visión y que sepamos a dónde vamos, jamás podremos alcanzar su cumplimiento si no estamos dispuestos a entregarnos por entero a ello, independientemente de cuál sea el precio que haya que pagar.

La entrega total es dar todo en las pequeñas y en las grandes cosas.

1) En las pequeñas cosas

El esfuerzo que dediquemos a lo cotidiano será fundamental para que veamos frutos a corto y a largo plazo. Hay gente a la que le cuesta esforzarse, que por temporadas trabaja duro, pero que no es constante en su entrega. Un edificio no se construye todo de una sola vez, sino que se comienza desde abajo, desde los cimientos, colocando piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo, poniendo cuidado en las terminaciones, en los puntos más importantes que han de mantener luego ese edificio, no solamente en pie, firme, estable, sino que le han de dar también un atractivo positivo a la vista de quienes lo vean después. Esto llevará tiempo, esfuerzo, dedicación, concentración, renunciar a horas de sueño, de entretenimiento, de *relax*, sacrificando incluso momentos importantes en los que podríamos estar haciendo otras cosas, hasta disfrutando del hogar y de la familia. Sin embargo, el objetivo que queremos alcanzar es grande, y es tan importante, que estamos dispuestos a entregarlo *todo*. De la misma manera, si tenemos un sueño de parte de Dios, si tenemos cosas que anhelamos lograr y alcanzar, debemos saber que tendremos que estar dispuestos aun a ir más allá de nuestras propias posibilidades, con tal de alcanzarlo.

2) En las grandes cosas

A medida que vamos creciendo en la persecución de nuestros sueños y anhelos, van creciendo también las responsabilidades y las obligaciones que tenemos que abrazar. Si hemos logrado ser fieles en las pequeñas cosas, estaremos preparados entonces para que se nos sean entregadas cosas mayores (Mateo 25:21, 23).

Algunas personas quieren alcanzar el éxito en la vida sin esforzarse o sin experimentar antes golpes y fracasos. Todos

hemos experimentado alguna vez algún tipo de fracaso; pero el problema no es el fracaso en sí, sino la actitud que tomamos después de él. Muchas veces, esto es lo que separa a las personas que obtienen grandes logros de las que no logran nada en la vida.

Conclusión

Nada que valga la pena viene con facilidad. Medio esfuerzo no produce medio resultado: no produce resultado alguno. El trabajo, el trabajo continuo y el trabajo arduo serán las únicas maneras en que podamos lograr resultados duraderos.

Clase N°6

EL LLAMADO

*“He aquí, llamarás a gente que no conociste,
y gentes que no te conocieron correrán a ti por causa de Jehová
tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado”
Isaías 55:5*

1) El llamado viene de parte de Dios

“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2° Timoteo 1:9).

El mismo Jesús que nos salvó es ahora quien nos llama. En primer lugar, nos llama para que pasemos tiempo junto a él. Primero se debe *ser*, para luego poder *hacer*. Es decir, que nuestro *hacer* en el camino de Dios va a depender directamente de nuestro *ser* en la intimidad con nuestro Dios. Por eso, la Biblia nos enseña que Jesús llamó a sus discípulos, primeramente, para que estuvieran con él, y luego para predicar, sanar y echar fuera demonios (Marcos 3: 14-15). Sin una vida de intimidad con Dios, difícilmente podamos lograr las cosas que nos proponamos; mucho menos, aquellas que Dios nos ha llamado a realizar.

2) ¿Qué ve Dios en los que llama?

Dios no elige a las personas por lo que son, sino por lo que pueden llegar a ser en sus manos. Nosotros somos como el barro en manos del alfarero (Jeremías 18:6). Con el correr del tiempo, él va moldeándonos, hasta llegar a tener la forma deseada y la que es necesario que tengamos. Nuestro Gran Alfarero es Dios, y será él quien nos moldee para llevarnos a ser instrumentos útiles en sus manos (2º Timoteo 2:21).

Podemos ver, a través de la Palabra, a hombres de Dios, cuyas vidas fueron grandemente usadas luego de pasar por las manos del Alfarero. Dios fue quien moldeó la elocuencia y el temperamento de Moisés; quien moldeó la infidelidad y desobediencia de Jonás o el emocionalismo poco común de Pedro. Dios llamó y usó a personas que vivían y le servían en el anonimato. Llamó y ungió como rey a David, cuando ni su propio padre creyó que era el ungido de Dios (1º Samuel 16). Dios puede hacer una obra en nosotros que asombre a muchos.

3) Dios responsabiliza a todos.

Como Iglesia de Jesús, todos tenemos una responsabilidad que cumplir y llevar adelante. Todos tenemos un lugar y una función que cumplir en el maravilloso plan de Dios y dentro de la encomienda que Jesús entregó a sus discípulos antes de ascender a los cielos. Todos, sin excepción, fuimos llamados para su obra. La dificultad, generalmente, no está en el que llama, sino en los que no están dispuestos a escuchar su llamado.

No debemos creer que la responsabilidad recae exclusivamente sobre el pastor, los predicadores, sobre un evangelista o un grupo determinado de personas. Si hemos

aceptado a Cristo en nuestro corazón, y nos sentimos parte de su Cuerpo, que es la Iglesia, es también nuestra responsabilidad involucrarnos en alcanzar los objetivos que Dios mismo espera que alcancemos, haciendo la obra que él nos encomendó (Mateo 28:19).

4) Dios equipa a los que llama

“no nos ha dado Dios espíritu de cobardía sino de poder, de amor y de dominio propio” (2º Timoteo 1:7).

El Señor siempre buscó a valientes, tomó y llamó a aquellos que mostraron el espíritu de un valiente. A estos, Dios los llena y les provee de todo lo que necesitan para hacer su obra. Específicamente hablando del carácter, Dios les entrega poder, amor y dominio propio.

El *poder* se recibe en el mismo momento en que se recibe el Espíritu Santo de Dios: *“recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hechos 1:8).*

El *amor* también se recibe juntamente con el derramamiento del Espíritu Santo en nuestros corazones: *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).*

El *dominio propio* se obtiene buscando y ejercitándonos en los frutos del Espíritu: *“el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5: 22-23).*

Y también Dios nos ha entregado los *dones espirituales*, que son las herramientas que ha puesto en nuestras manos para hacer la obra que nos encomendó que hiciéramos: *“a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a este es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otros,*

dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1º Corintios 12: 7-11).

Los dones espirituales son las herramientas que Dios nos dio para ayudarnos a llevar a cabo la obra que tenemos que realizar.

Conclusión

Tenemos el gran desafío de atrevernos a ser instrumentos útiles en las manos de Dios. Si estamos dispuestos, Dios puede hacer grandes cosas con nosotros. Que nuestra oración sea cada día la misma que hizo el apóstol Pablo cuando se encontró con Jesús: “*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*” (Hechos 9:6).

Clase N°7

PRINCIPIOS DE LIDERAZGO

En todo lugar a donde vamos, dejamos huellas: podemos dejar huellas positivas o podemos dejar huellas negativas.

Todos nosotros somos líderes, independientemente de que estemos al frente de un GDF (Grupo de Discipulado Familiar) o no; en el caso de los padres, estos son líderes en el hogar, en la familia, en la casa; en el caso de los jefes o directores de algún lugar específico, son líderes en ese lugar de trabajo. Pero aún si no tenemos una familia ni empleados a cargo, debemos saber que todos tenemos algo en común, y es que todos somos líderes *de nuestra propia vida*; el curso que esta tome estará siempre supeditado a las decisiones y elecciones que hagamos, y a los pasos que decidamos dar. Por eso, es muy importante que determinemos qué clase de líderes queremos ser.

1) Un líder es un siervo

“Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos” (Marcos 9:35).

Si hay alguien que puede enseñarnos principios de liderazgo, ese es Jesús. Él convocó y formó a sus discípulos con excelencia, impartiendo sobre ellos su enseñanza y capacitándolos para la obra que habrían de continuar cuando él ya no estuviera en la tierra. Pero el primer principio que Jesús enseñó a sus discípulos fue el

servicio: *“los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Marcos 10: 42-45).

Un verdadero líder es el que ha entendido que no está para *mandar* y dar órdenes, sino para servir y ser ejemplo de aquellos a quienes debe liderar: *“Porque ejemplo os he dado, para que como o os he hecho, vosotros también hagáis”* (Juan 13:15). Jesús nunca exigió que sus discípulos hicieran algo que no lo habían visto primero hacer a él. Un líder es el primero en llegar y el último en irse, es el que comienza a recoger y ordenar las sillas, si es que quedaron desordenadas, el que toma la escoba y se ocupa de dejar el lugar mejor de lo que lo encontró. Es el que siempre está dispuesto, a tiempo y fuera de tiempo, con el que siempre puedes contar. Personas así alcanzan grandes cosas en Dios (Mateo 25:21, 23).

2) Un líder hace propia la visión de Dios

“Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición” (Génesis 12: 1-2).

Dios había entregado a Abraham una palabra y, juntamente con ella, una visión; Abraham podía haber descartado esa visión, podía haber rechazado el desafío de Dios y haberse quedado en su tierra, con su familia, con su gente. Sin embargo, Abraham se apropió de la visión que Dios le entregó; la hizo suya, y obedeció a las indicaciones, renunciando a aquello que, tal vez, era lo más

importante para él. Aun estuvo dispuesto a salir exactamente sin saber adónde: *“a la tierra que te mostraré”*; Abraham adoptó la visión de Dios y salió, literalmente: *“sin saber a dónde iba”* (Hebreos 11:8).

Adoptar la visión de Dios para nuestra vida significará que estemos dispuestos a renunciar a muchos de nuestros planes personales y de cosas que habíamos proyectado para nosotros, para tomar los planes y diseños que él tenía preparados aun desde antes de que el mundo fuese (Efesios 2:10).

3) Un líder es una persona motivada por ver a Dios moverse en medio de la necesidad

“Y me dijeron: El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego. Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos” (Nehemías 1: 3-4).

Nehemías fue un líder que actuó solamente motivado por lo que Dios había puesto en su corazón. Él gozaba de los privilegios de vivir con el rey, de comer como el rey; vivía en Susa, capital del Imperio Medo-persa. Pero su corazón estaba puesto en la necesidad que padecía su pueblo, Israel, el cual se encontraba destruido y asolado. Cuando Nehemías supo acerca de la situación de sus hermanos, no lo tomó como mera información, ni agradeció por haber sido librado él de tanto mal, sino que tomó esa carga, oró y ayunó, buscando a Dios para que este le permitiera ir y hacer algo por sus hermanos, y así fue: Nehemías tomó la iniciativa y fue y reconstruyó los muros de Jerusalén que estaban derribados, restaurando a las familias y trayéndoles un nuevo comienzo y un levantamiento espiritual.

Un verdadero líder no se queda de brazos cruzados frente a la necesidad; un líder se involucra, acciona, activa, y busca por todos los medios que Dios intervenga para revertir la situación.

4) Un líder tiene gente que le sigue

“Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos” (Marcos 6:1).

“También había algunas mujeres... quienes... le seguían y le servían” (Marcos 15: 40-41).

Según podemos leer en los evangelios, no solamente sus discípulos, sino también grandes multitudes iban detrás de Jesús (Lucas 14:25). Querían lo que él tenía, buscaban lo que sabían que solo Jesús les podía dar. Le admiraban por su doctrina y su sabiduría (Marcos 1:22; Lucas 4:32).

Un líder siempre tiene alguien que le sigue, precisamente porque el líder siempre sabe a dónde va. Una persona que no tiene idea de hacia dónde dirigir su vida, difícilmente podrá servir de guía a otros (Mateo 15:14).

5) Un líder es una persona que se reproduce en otros

“Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí” (2° Reyes 2:9).

Si leemos en la Biblia las historias de los profetas Elías y Eliseo (1° Reyes 17 – 22; 2° Reyes 1 – 13), vamos a encontrar que la palabra relatada en el versículo que mencionamos se cumplió al pie de la letra sobre la vida de Eliseo. Él fue algo más que un discípulo de Elías: fue su sucesor. Eliseo recogió el manto que Elías dejó

cuando partió al cielo con Dios, e inmediatamente comenzó a realizar las mismas obras que Elías, y hasta mayores.

Reproducirse en otros y trascender es parte de la esencia del ser humano. Los padres, en forma biológica y totalmente natural, se reproducen en sus hijos. Estos heredan rasgos no solamente físicos, sino también de carácter emocional. No es extraño encontrar hijos que escojan los mismos oficios y aficiones que su padre o madre, continuando con su legado y perpetuando su obra.

Un líder es alguien que sabe cómo reproducirse en otros. Jesús se reprodujo en sus doce discípulos. Pablo se reprodujo en Tito, en Timoteo, en Silas, y en cientos de discípulos a los que supo levantar en su labor dentro de las iglesias (Hechos 14:21). Y nosotros hoy hemos sido llamados también a reproducirnos en otras personas, impartiendo sobre ellas la misma porción espiritual que hemos recibido de parte de Dios, de manera que lo que tenemos no muera con nosotros, sino que pueda pasar a la próxima generación quien, a su vez, lo traspasará a la siguiente.

Conclusión

Como podemos ver, liderazgo no es solamente tener gente a cargo a la que enseñar verdades y a quienes decir qué es lo que tienen que hacer y qué no. Liderazgo es un estilo de vida comprometido, jugado, compenetrado y concentrado en los objetivos que se desea alcanzar. Nunca podremos exigir a otros algo que no hemos hecho primero nosotros, por lo que el liderazgo demandará de nosotros una entrega total y absoluta a la causa que habremos de abrazar.

Clase N°8

EL PRECIO DEL LIDERAZGO

El liderazgo conlleva la responsabilidad de guiar a personas que nos siguen y a quienes debemos formar. Esto demandará de nosotros un esfuerzo mayor, una inversión de tiempo, un desgaste físico que muchas veces no sabremos cómo manejar; pasaremos momentos de soledad, de desengaño y desilusión. Todo esto es el precio de decir que *sí* al llamado del Señor.

1) La crítica

“María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado” (Números 12:1).

Si uno no puede aceptar la crítica, eso significa que está emocionalmente inmaduro. Un líder está en la pantalla, está muy visible; por lo tanto, la crítica vendrá y este deberá soportarla. Cuando la palmera no tiene fruto, no la golpean; pero cuando tiene mucho fruto, es severamente golpeada para que ese fruto caiga. Esto quiere decir que, si te golpean, es porque estás llevando buen fruto.

2) La fatiga

“Él les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían,

de manera que ni aun tenían tiempo para comer (Marcos 6:31).

Un líder sabio tratará de hallar un equilibrio y buscará un pasatiempo, una marcha más lenta para reducir la tensión. El cuidado adecuado de la salud, el descanso y el equilibrio ayudarán a que el líder mantenga su capacidad para persistir, porque la demanda de la obra siempre irá en aumento, si es que nos hemos determinado a ser líderes efectivos y lo que deseamos es tener fruto de nuestro trabajo.

3) El rechazo

“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11)

En nuestro servicio a Dios, es muy probable que muchos nos rechacen y, no solamente no acepten lo que nosotros tenemos para darles, sino que aún no quieran ni siquiera estar con nosotros. Es muy probable que muchos de los que nos conocían antes de habernos encontrado con Cristo ni siquiera crean en nuestro cambio, en nuestra transformación. El propio Jesús tuvo que sufrir que sus hermanos biológicos no creyesen en él (Juan 7:5).

4) La soledad

“Procura venir pronto a verme, porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica. Crescente fue a Galacia, y Tito a Dalmacia” (2º Timoteo 4: 9-10).

A pesar de estar rodeados de personas, de contar con el respaldo del Señor y de saber que tenemos guías y padres espirituales para acompañarnos en nuestro crecimiento y nuestro

caminar, muchas veces la soledad nos va a asaltar en medio de nuestro ministerio. Momentos en que solo la presencia del Señor estará para consolarnos y fortalecernos. Momentos en que tendremos que derramar nuestra alma delante de él, permitiendo que sea él quien nos abrace, nos conforte y nos consuele. Sea porque personas que caminaron con nosotros decidieron abandonarnos, porque amigos con los que estrechábamos lazos fueron llamados de parte de Dios para servirle en otros lugares, o porque nosotros mismos hemos sido llamados y apartados para cumplir con otro tipo de funciones, habrá momentos en que tendremos que tener la valentía y la madurez de aprender a caminar solos en el camino de la vida, dependiendo pura y exclusivamente de Él.

5) Decisiones desagradables

“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1º Timoteo 1: 18-20).

Siempre existe una posibilidad cierta para el líder de que en algún momento sea calumniado, difamado, injuriado o infamado. Nadie está libre de estas cosas, pero a veces es cierto que se deben tomar ciertas posturas en cuanto a personas que se toman atribuciones que hasta llegan a perjudicarnos. Esas decisiones no siempre son agradables de tomar, pero guiadas por el Espíritu Santo, redundarán en nuestra sanidad, la cual es fundamental y muy necesaria, no solo para nosotros, sino también para las personas a las que lideramos. Personas que tendremos que apartar

de nuestra vida, o del grupo que lideramos, con las que tendremos que tomar distancia si es que no se han portado bien con nosotros. Siempre debemos tener presente que nuestra sanidad y nuestra integridad, tanto en el área emocional, como en la espiritual, deben estar por encima de la de los demás.

Conclusión

Estas son algunas de las cosas que podemos llegar a vivir en el ejercicio de nuestro liderazgo, lo que no debe desalentarnos, sino todo lo contrario: debe llevarnos a prepararnos espiritualmente para enfrentar todo tipo de situaciones que puedan aparecer en el camino. Si los apóstoles, los profetas y el mismo Jesús lo padecieron, sintámonos contentos de ser partícipes de estas experiencias que se convertirán en beneficio para nuestro crecimiento y el de aquellos que nos siguen.

Clase N°9

LA PERSONA DEL LÍDER

Liderazgo no es solamente estar al frente de una entidad o de un grupo de personas. No basta con aprender ciertas técnicas y formas de trabajar o de proceder en determinadas circunstancias.

El liderazgo implica un carácter, una formación, una personalidad que debe ser desarrollada conforme a los parámetros y consejos de la Palabra de Dios.

Para convertirnos en esos líderes que Dios espera que seamos, de manera que podamos agradarle en todo y tener frutos que respalden la obra que estamos haciendo, será necesario tener en cuenta ciertas características que deben estar presentes en nuestra vida:

1) Integridad

El término *integridad* es una palabra que encierra en sí misma una cantidad de cualidades que el líder de Dios debe tener. Todo líder necesita mostrar su rectitud de carácter y una vida llena de Dios, en la que los principios bíblicos y morales sean evidentes. *Ser íntegro* significa *ser uno solo*, ser la misma persona en todos lados; en la iglesia, en el hogar, en el trabajo, en la escuela: *no tener doblez* (1º Timoteo 3:8). El ser *de una sola pieza* evitará que el diablo encuentre hendijas o rajaduras por las cuales introducirse para afectar nuestras vidas espiritualmente.

En una alejada ruta, una pareja compró dos hamburguesas en un comercio de comidas rápidas. Cuando se alejaron en su automóvil y se dispusieron a comerlas, descubrieron que dentro de la bolsa de las hamburguesas había un fajo de billetes. Instantáneamente y sin dudar, emprendieron el regreso por la ruta para devolver el dinero que no les pertenecía, razón por la cual, al llegar, pidieron hablar directamente con el dueño del comercio, quien luego de escucharlos quedó tan agradecido como sorprendido, ya que se trataba de la recaudación de todo el día. El dueño, rápidamente, quiso hacer pública la buena acción; quería tomar una foto de la pareja, y exhibirla en los mostradores como *los clientes del mes*. Humildemente, la pareja no dejaba de negarse, cosa que el comerciante no podía comprender, por lo que no dejaba de insistir. Viendo que no podían con la insistencia del comerciante, el hombre se acercó y le dijo en el oído: *“Por favor no haga eso... Porque esta mujer no es mi esposa”*.

Queda claro que la supuesta humildad, o la honestidad, difieren sustancialmente del significado de la palabra *integridad*.

2) Lealtad

El líder debe ser leal primeramente al Señor, luego a sus superiores que los presiden en la iglesia, y también a aquellos a quienes él les enseña (Hebreos 13:7).

La lealtad implica en sí misma el permanecer sujetos en obediencia a nuestros líderes, generando así el campo propicio para el pastoreo de nuestras vidas. Debemos, como líderes, cuidar al resto del liderazgo que trabaja en la obra, no permitiendo que nadie hable mal de ellos, ni permitiendo que la queja sea el usual vocabulario diario (Efesios 5:21). Aunque haya cosas con las que no estamos de acuerdo, o maneras de proceder que no compartimos, eso no nos da derecho a criticar, señalar o juzgar a nuestro

hermano. La transparencia hacia nuestros consiervos debe ser fundamental en nuestra vida. Y esos puntos discordantes pueden ser hablados, con sinceridad, de frente, sin tener que estar levantando comentarios y, mucho menos, calumnias por detrás.

3) Fidelidad

La palabra *fiel* significa *digno de fe y crédito*. Ser fiel es estar siempre dispuesto a responder a la confianza depositada en nosotros. Como en la parábola de los talentos (Mateo 25: 14-30), quien más había trabajado y más había producido fue el más fiel y por eso recibió más.

Una persona fiel es una persona en quien se puede confiar, porque sabrá ocuparse de aquello que le encomendamos y llevar adelante sus tareas con responsabilidad. En la medida en que nosotros seamos fieles con lo que Dios nos entregó, por pequeño que sea, recibiremos más, porque vamos a demostrar que somos dignos de fe y de crédito (Mateo 25:21, 23).

4) Firmeza

Cuanto mayor sea nuestro inconformismo, mayor será la presión; esto exigirá el estar dispuestos a aceptar la responsabilidad, tomar la iniciativa y perseverar con la tarea hasta que sea terminada. A medida que crecemos espiritualmente, sentiremos que la presión es mayor y que nuestra responsabilidad también lo es.

En toda construcción hay puntos estratégicos que soportan la mayor presión de toda la estructura; son fuertes bases o columnas de las cuales depende todo el edificio, y están preparadas para recibir todo el peso y la presión de la obra. Un tipo de firmeza

semejante es la que debemos nosotros tener, para que Dios pueda entregarnos aquellas cosas que nos ha preparado.

5) Motivación

Esto es el entusiasmo y dedicación demostrado al realizar el trabajo aceptado. Este entusiasmo se debe contagiar al resto del grupo (Filipenses 3:17). Pablo fue un ejemplo de líder motivador porque podía decir: *“Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo”* (1º Corintios 11:1). Él realizaba la tarea primero, siendo de ejemplo para los demás.

6) Tacto

Es la habilidad de tratar con los demás sin ofenderlos; es la destreza de decir y hacer lo recto, en los momentos y lugares adecuados. Debemos saber expresar nuestras más firmes y profundas convicciones con amor y misericordia, sin que por ello se pierda efectividad (2º Timoteo 1:7).

Dios nos dio un espíritu de valentía, pero ese espíritu no solo debe brillar por el poder que Dios derrama, sino que también es necesario que con ese fluir de poder haya amor y dominio propio.

Conclusión

Dios nos ha llamado con un propósito y un plan específicos; nos ha entregado las armas y las herramientas para que sepamos cómo desarrollar ese plan. Pero también demandará de nosotros decisiones que provoquen que podamos estar a la altura del llamado con que él nos coronó. Que podamos en este tiempo

determinarnos a ser las personas que hemos sido llamadas a ser, para servirle con excelencia y para tener los frutos que él espera que nosotros tengamos: *“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”* (Juan 15:16).

Clase N°10

PELIGROS DEL LÍDER

Pablo, escribiendo a Timoteo, le dice: *“Ten cuidado de ti mismo”* (1° Timoteo 4:16). Le advierte que, muchas veces, el peligro de caer en nuestra vida espiritual no está fuera, sino dentro de nosotros. En nuestro corazón y nuestros pensamientos se gestan muchas de las actitudes y pecados espirituales que estaremos nombrando. Por eso, es importante cuidar nuestro corazón, porque de él mana la vida, y no podremos crecer sanamente si nuestro corazón se contamina (Proverbios 4:23). Cuidarse de estos peligros es una decisión. Así como el profeta Daniel decidió no contaminarse (Daniel 1:8), nosotros debemos decidir no contaminarnos con las ofertas y tentaciones que puedan aparecer en el camino.

Observaremos algunos peligros que pueden llegar a ser una amenaza para nuestro liderazgo:

1) Orgullo

“Altivez de ojos, y orgullo de corazón, y pensamiento de impíos, son pecado” (Proverbios 21:4).

En algún momento va a suceder que comenzaremos a ver que crecemos, que las oraciones por las necesidades son contestadas, que cuando nos reunimos la presencia de Dios desciende de una manera especial, en definitiva: veremos que lo que estamos haciendo progresa, avanza. Ese es el momento en que el diablo intentará hacer dos cosas:

- Quitarle la gloria a quien es el único digno de merecerla: *Dios*.
- Sembrar en nuestros corazones la semilla del orgullo, una semilla que, si le permitimos germinar y crecer, se convertirá en un frondoso árbol, cuyas raíces derribarán todo lo que Dios construyó.

Hay señales que nos tienen que servir de alerta de que esta semilla comenzó a echar sus primeras raíces:

a) Sentimiento de superioridad sobre nuestros pares:

Comenzamos a sentirnos un poco por encima de las personas que están en nuestro mismo nivel, comenzamos a ver que nuestros grupos de discipulado crecen más que los de ellos, que tenemos más gente que nos sigue, o que el Señor nos usa más a nosotros que a ellos, y el diablo nos empieza a mentir, diciéndonos que la obra es nuestra, y que el centro y estrella somos nosotros.

b) Sentimiento de superioridad sobre nuestros líderes

Le restamos autoridad al consejo de nuestros líderes superiores o directamente comenzamos a ignorarles y a no pedirles ningún tipo de orientación, porque ya consideramos que podemos *manejarnos solos*. Es en este momento cuando empezamos a pensar cosas tales como: *“Yo ya sé lo que tengo que hacer”*, *“Mi líder no sabe lo que dice”*, pensamientos de este tipo nos tienen que llevar a arrepentirnos delante de Dios, y pedirle que él se lleve todo orgullo de nosotros.

Dios mira nuestra actitud por sobre nuestra aptitud. El Señor nos relata una parábola acerca de dos hombres que subieron a orar: *“Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”* (Lucas 18: 9-14).

Seguramente, lo que el fariseo decía era verdad, pero su actitud fue la que hizo que no descienda justificado de ese lugar.

2) Murmuración

“Hermanos, no murmuréis los unos de los otros” (Santiago 4:11).

Debemos cuidarnos entre nosotros y, fundamentalmente, cuidar a nuestros líderes; no solo no hablar mal de nadie, sino tampoco prestar nuestro oído o permitir que otros lo hagan. La Biblia, en el libro de Números, capítulo 12, nos muestra cómo Dios se encendió en ira contra María y Aarón por haber murmurado contra Moisés: *“¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés? Entonces la ira de Jehová se encendió contra ellos; y se fue. Y la nube se apartó del tabernáculo, y he aquí que María estaba leprosa como la nieve”* (Números 12: 8-10).

El castigo que vino sobre María nos revela también el efecto de la murmuración: es como una enfermedad contagiosa, que contamina, que infecta el Cuerpo de Cristo. Una enfermedad que, si no nos ocupamos de detener, se va extendiendo más y más,

causando daño, dolor y hasta muerte a su paso. No debemos permitir que esto se encuentre en nuestras vidas.

3) Rebelión

“como pecado de adivinación es la rebelión” (1º Samuel 15:23).

La Biblia condena este pecado. Sin embargo, en la sociedad actual, parecería ser algo absolutamente común: hijos que se rebelan contra sus padres, alumnos contra sus profesores, hombres y mujeres contra las autoridades... Nadie quiere estar sujeto a la autoridad del otro.

También la Biblia menciona este pecado en el libro de Números 16, y cómo Dios desató su ira contra la gente que inició una rebelión. Dentro de la iglesia, debemos guardarnos de este mal; siempre reconocer a las autoridades que están por sobre nosotros, respetar y obedecer las cosas que nos aconsejan que hagamos y, si surge alguna diferencia, con una actitud correcta, poder hablarla, pero nunca rebelarnos ni generar rebelión contra nuestros líderes.

4) Revelaciones falsas

“El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá” (Deuteronomio 18:20).

Un gran peligro en que un líder puede caer es en el de compartir o proferir revelaciones que no ha recibido de parte de Dios, sino de su propia imaginación. Esto sucede cuando no hay una búsqueda intensa de la presencia de Dios, y cuando no se le dedica tiempo a la lectura de su Palabra, ya que esta es la *palabra*

profética más segura, a la cual hacemos bien en estar atentos (2º Pedro 1:19). Toda revelación, palabra, sueño o profecía que no tiene respaldo bíblico, no es algo que venga de parte de Dios.

5) Visión propia

“os ruego, Hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Romanos 16:17).

El peligro de tener y fomentar una visión propia puede llegar a traernos graves desenlaces. Si seguimos nuestros propios pensamientos, comenzaremos a alejarnos de la visión de la iglesia, a tener una visión diferente a la del resto del cuerpo. Permanentemente debemos alinear nuestra visión con la de la iglesia, cuidarnos de no desviarnos y, si notamos una leve desviación, arreglarla a tiempo. La persona con una visión propia terminará aislada del resto del cuerpo, sin posibilidades de crecimiento y, finalmente, quedará sola, pues aun la gente que le sigue, comenzará a dejarla.

La palabra *división* significa *existencia de dos visiones*. Cuando un enemigo no puede contra otro, lo que hace es aliarse a él o dividirlo. Satanás no está dispuesto a aliarse, por lo que debemos estar atentos: *donde hay dos visiones, hay división*.

6) Visión escasa, conformismo

Esto constituye un peligro para el crecimiento y desarrollo del ministerio. Si nuestra visión y metas son escasas, nuestro crecimiento también será escaso. Debemos ampliar nuestra visión, porque constituirá un círculo positivo, ya que con más crecimiento

vendrán mayores sueños y con mayores sueños, vendrá más crecimiento.

El conformismo se da cuando alcanzamos una meta, aunque haya sido muy alta, y nos detenemos allí. Si llegamos al objetivo, inmediatamente debemos plantearnos nuevos desafíos, porque el conformarnos significaría detenernos, y el detenernos significaría retroceder. Permanentemente tenemos que desafiarnos a ir más allá de donde estamos hoy.

7) Desánimo

“Llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: Esfuérzate y ámate; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides” (Deuteronomio 31: 7-8).

Ante la gran responsabilidad que tenemos por delante de cumplir con la encomienda que el Señor nos ha entregado, puede que muchas veces el desánimo entre en nosotros, sobre todo si ha sido el caso de no poder ver con nuestros ojos lo que anhelamos en nuestro corazón. La tarea puede ser ardua, y los resultados pueden no darse a corto plazo, pero de todas formas, no debemos desanimarnos: el Señor nos ha hecho una promesa y él será fiel en traerla a su fiel cumplimiento.

8) Negligencia

“La mano del negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece” (Proverbios 10:4).

Definimos como *negligencia* al *descuido y omisión respecto a las conductas que se deben observar*. Es decir, una persona negligente es alguien que no hace lo que sabe que tiene que hacer; por lo tanto, esa persona nunca conseguirá lo que busca.

Encontramos un claro ejemplo de negligencia en la conducta de Saúl. El primer rey de Israel había recibido una directiva de parte de Dios, y él no fue responsable, ya que obedeció esa directiva *a medias*, según le pareció mejor a él. La opinión de Dios al respecto no fue la más alentadora: *“Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras... Entonces dijo Samuel a Saúl: Déjame declararte lo que Jehová me ha dicho esta noche... Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel?... ¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que vuelto al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová? ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros... Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey”* (1º Samuel 15: 11-23). Por no ser completamente obedientes a la Palabra y a las directivas de Dios, podemos llegar a perder nuestro lugar y la posición que él nos ha dado.

La negligencia camina siempre tomada de la mano de la desobediencia a la Palabra de Dios. El antónimo de negligente es *diligente*: *“El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada”* (Proverbios 13:4).

9) Envidia

“Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis” (Santiago 4:2).

La envidia es otro de los peligros en que un líder puede caer. Cuando uno se mueve en la carne, por el interés de alcanzar objetivos bajo una motivación incorrecta, solo pierde su tiempo, esfuerzo y energía en algo que no traerá frutos verdaderos ni perdurables.

10) Codicia

“los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Marcos 4:19).

Como bien enseña el Señor en esta palabra, la codicia de *otras cosas* deja infructuosa la Palabra que predicamos. La codicia de fama, de popularidad, de renombre, de reconocimiento, hacen que nos movamos con un mal espíritu, manipulando la Palabra de Dios a nuestro antojo, y esto es gravemente perjudicial para la Iglesia de Cristo.

11) Atracciones y debilidades sexuales

“no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

Las atracciones y debilidades sexuales también pueden llegar a convertirse en un gran peligro que amenace la estabilidad y permanencia del líder. El versículo que compartimos nos habla de Jesús, quien, como lo aclara, tuvo la experiencia en su humanidad de ser tentado *en todo según nuestra semejanza*, eso significa que Jesús también tuvo tentaciones en el área sexual. Lo maravilloso de esta palabra es que nos aclara que, a pesar de haber sido tentado, no cometió pecado, no cedió, no cayó en la tentación. Y esto debe ser para nosotros un aliciente, y una gran enseñanza: si Jesús, como hombre, pudo mantenerse firme y no caer frente a las ofertas y tentaciones, nosotros también podemos hacerlo.

El mantenernos firmes en nuestra determinación de no pecar delante de Dios no es una cuestión suya, sino una cuestión nuestra. Somos nosotros los que decidimos mantenernos firmes, o ceder ante las propuestas que se puedan presentar.

12) Esperar la recompensa del hombre

“todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Colosenses 3: 23-24).

Esperar por la recompensa o el reconocimiento del hombre puede llegar a ser un estorbo para que el líder pueda servir a Dios libremente. Cuando uno pone la mirada o se concentra en los objetivos incorrectos, termina decepcionándose y queriendo abandonar lo que ha comenzado. Así como hemos aprendido que nuestro llamado viene de parte de Dios, de la misma manera debemos comprender que la recompensa también viene de él. Es él quien debe estar satisfecho con nuestro trabajo, con nuestro servicio. Que el hombre nos aplauda y reconozca lo que hacemos

seguramente sea bueno, y le haga bien a nuestro ego y a la necesidad de afirmación que muchos de nosotros tenemos, pero no debe ser nuestro objetivo principal porque, cuando esto falte, nos desanimaremos y habremos perdido la razón por la cual pusimos la mano sobre el arado.

13) Temor

“El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en Jehová será exaltado” (Proverbios 29:25).

El temor nunca es un buen compañero. Muchas veces, podemos llegar a ser gobernados por diferentes pensamientos de incertidumbre, de duda, de incredulidad, basados todos en el temor a enfrentar los desafíos, en la inseguridad para tomar decisiones, temor a lo que pueda venir en el futuro, a no poder cumplir con lo que nos proponen, a no ser las personas indicadas para la tarea que se nos ha encomendado, etc. El temor es un lazo que nos detiene, nos frena y nos impide avanzar en la vida.

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor... el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1º Juan 4:18). Cuando lo que nos mueve a servir a Dios y a las personas que él nos ha entregado es el amor, más allá de aquello que pueda llegar a parecernos difícil o complicado, estaremos dispuestos a enfrentar lo que sea, a dar lo que tengamos que dar y a hacer lo que tengamos que hacer para cumplir con nuestra responsabilidad. Nuestro amor a Dios y a las personas que él deposite en nuestras manos echará fuera todo miedo que quiera amenazarnos para que no avancemos en nuestras determinaciones.

Conclusión

Dios nos está llevando a un nuevo nivel espiritual y ministerial. Para esto, él no nos ha engañado, sino todo lo contrario: nos ha dicho que no será fácil, que no será sencillo, que nos encontraremos con obstáculos e impedimentos, precios que pagar y peligros que afrontar (Juan 16:33). Pero si estamos dispuestos a ser las personas que él nos ha llamado a ser, nada nos impedirá tomar las decisiones que tengamos que tomar, con tal de que su plan y su propósito se cumplan en nuestra vida.

Clase N°11

LA RESPONSABILIDAD FRENTA A LA FAMILIA

Dios quiere continuar transformándonos y convirtiéndonos, a su vez, en transformadores de nuestra familia, de nuestro hogar, de nuestros seres queridos. Para lograr este objetivo, indefectiblemente habrá cosas que tendremos que tener en cuenta:

1) Llevar a Dios a nuestra familia

“Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio” (3° Juan 12).

Como líderes, debemos establecer el reinado del Señor en cada ámbito de nuestras vidas. Pero también hay una responsabilidad que nos toca como hijos de Dios, que es procurar que ese mismo Dios sea el que reine en nuestros hogares y en nuestras familias, algo que nunca podremos lograr si no guardamos lo que comúnmente se llama: *nuestro testimonio personal*.

En ocasiones, nuestra familia no respeta la autoridad que ahora Jesús quiere entregarnos y esto tal vez se deba a que nuestro testimonio en nuestro hogar no es creíble. Tal vez, es fácil mostrar a nuestros discípulos cuánto hemos cambiado y cuánto hemos avanzado, porque ellos no están todo el día con nosotros, no nos conocen en la intimidad. Pero ¿qué tienen para decir las personas que viven bajo nuestro techo? ¿Pueden ellos dar testimonio de

nuestro cambio, de nuestro avance, de la diferencia de nuestra vida hoy a la que teníamos estando fuera del Señor?

Al igual que con nuestros discípulos, debemos esforzarnos y ocuparnos de sembrar amor, paciencia y de estar presentes siempre que nuestras familias y seres queridos lo necesiten, para así lograr relacionarnos eficazmente con ellos y poder ganarlos también para el Señor.

2) Estar dispuestos a sanar nuestro corazón

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmos 139: 23-24).

Es necesaria cierta valentía de nuestra parte para reconocer que existen áreas de nuestra vida que aún tenemos que mejorar. Necesitamos ser sinceros con nosotros mismos, y poder abrirnos a Dios para que sea él quien nos alumbré y nos lleve a rendirnos delante de él para que pueda obrar en nosotros. Quizás aún hay situaciones que no hemos terminado de resolver y no logramos soltar el perdón, o palabras negativas que todavía salen de nuestra boca, pensamientos que nos atan al fracaso. Sentimientos como la envidia, la competencia, los celos, el enojo, que pertenecen a la naturaleza humana y que aún no han sido controlados en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Cuando algunas de estas manifestaciones tienen lugar en el hogar, evidencian que aún el Señor no es el centro de esa familia. Necesitamos reconocerlo, sincerarnos y trabajar para borrar toda herida producida en el pasado, para dar paso a un nuevo tiempo para nuestras vidas y nuestros seres queridos.

3) El desafío de convertirnos en sacerdotes de nuestras familias

“vosotros también como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1º Pedro 2:5).

El sacerdocio es una de las funciones que Dios espera que podamos ejercer dentro del seno de nuestros hogares. Sacerdote es aquel que intercede delante de Dios por sus seres queridos y clama para que su presencia sea derramada día a día en su familia. Es imposible que Dios deje de escuchar tu oración cuando esta es movida por el amor y la misericordia que tienes hacia ellos.

Cuando hablamos de *sacerdote* no nos referimos solamente a los hombres, sino que, genéricamente, involucramos también a la mujer. Que tu actitud pueda ser la de continuamente llevar a los tuyos en oración delante del Padre, para que su mano de poder sea movida a su favor y ellos puedan tener un encuentro tan real con el Señor, que sus vidas sean transformadas para siempre.

Conclusión

Esta debe ser nuestra primera meta: que toda nuestra familia conozca de Cristo; nuestra oración, entonces, deberá ser: *“Señor, dame la gracia para poder ser ejemplo en mi hogar”*.

Recordemos que debemos reflejar a Cristo en nosotros; solo así podremos lograr que él sea el centro de nuestras familias.

Clase N°12

FAMILIA Y MINISTERIO

“yo y mi casa serviremos a Jehová”
Josué 24:15

Existen principios que Dios quiere darnos a conocer para que, luego de ponerlos en práctica, obtengamos como resultado ministerios exitosos y familias fortalecidas:

1) La familia y nuestro ministerio

No deberían ser dos responsabilidades que se opondan, ya que debemos servir a Dios con nuestras familias. Nuestros seres queridos, padres, hermanos, hijos, esposos deben ver lo maravilloso que es estar comprometidos con el liderazgo en la iglesia, al ver cuánta bendición esto proporciona a nuestro hogar. Si esto no está sucediendo de esta manera, significa que hay algo a lo que no estamos prestando atención. Tal vez estamos descuidando nuestra responsabilidad en la familia, al dedicarnos demasiado al ministerio y desatendiendo ciertas cosas; este tipo de situaciones solo harán que nuestros seres queridos se rebelen en contra de aquello que, supuestamente, deseamos que abracen. Cuando podemos amalgamar eficientemente una cosa con la otra, es cuando ellos pueden llegar a considerar lo bueno que les estamos ofreciendo.

2) Preocuparnos de que nuestros hijos reciban su herencia

Así como en el plano material siempre hay un legado que nos ocupamos de dejar, la fe en Jesucristo, el servicio a su Nombre, el gozo de pertenecer al pueblo de Dios son la mejor herencia que podemos dejar a nuestros seres queridos: *“trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también”* (2º Timoteo 1:5).

Para ello, nuestro testimonio en el hogar será determinante: *“entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban”* (Hechos 21: 8-9).

3) Formar familias sacerdotales

Para Dios, la familia es muy importante. Desde el inicio de los tiempos él llamó a familias para manifestarse a través de ellas a los hombres de la tierra. Específicamente, se ocupó de dejar una bendición que pudiese llegar, a través de una persona, a todas las familias que pudiera llegar a existir; él dijo a Abraham: *“en ti serán benditas todas las familias de la tierra”* (Génesis 12:3).

El hecho de estar como familia integrados a la iglesia local nos permitirá gozar de los beneficios que tiene estar bajo la autoridad de un liderazgo, recibir consejos sanos, ministración y alimento espiritual de parte de Dios continuamente. Nuestra prioridad debe estar enfocada en atraer a toda nuestra familia a los pies del Señor, para que todos podamos estar bajo esa bendición que está determinada para nosotros.

4) Planificar su futuro

Cuando la familia funciona en armonía, esto permite establecer metas claras. Proyectarse hacia el futuro, pero juntos. ¿Qué planes tenemos para los próximos cinco años como familia? ¿Qué deseamos hacer o comprar? ¿Qué decisiones vamos a tomar? Esto solo se puede realizar cuando Dios reina en nuestro hogar; allí es cuando podemos establecer acuerdos y lanzarnos juntos a lograr nuestras metas.

5) Fomentar una correcta comunicación

La comunicación no es ni más ni menos que un puente establecido entre las personas. Si el puente no existe o está roto, nunca podremos llegar a ninguna parte. Es entonces que los integrantes de la familia terminan aislándose los unos de los otros, o comunicándose de una manera incorrecta. Las familias que poseen una buena comunicación han aprendido a:

- *Manifestar sus afectos*
- *Aceptarse en sus tiempos buenos y malos*
- *Conversar sus diferencias*
- *Llegar siempre a un acuerdo en todo*

Conclusión

Dios nos permite tener líderes que nos ayudan en la tarea de bendecir a nuestras familias, pero no olvidemos que la Palabra de Dios es nuestra mejor ayuda para encontrar todas las respuestas a los tiempos que nuestro hogar esté atravesando. Tengamos siempre presente que familias estables darán como resultado ministerios estables.

Clase N°13

LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS

“Herencia de Jehová son los hijos”
(Salmos 127:3)

Como veíamos en la clase anterior, nosotros somos responsables de que nuestros hijos también queden incluidos en ese destino que Dios tiene preparado para los que le buscan. Para que esto ocurra, debemos prestar mucha atención a la formación que llevemos adelante con ellos.

A través de esta clase, abordaremos puntos a considerar que resultarán centrales para tener éxito en esta empresa:

1) El ejemplo personal

“ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:15).

Las enseñanzas de Jesús tenían un *poder formador*, debido a que fundamentalmente se basaron en su ejemplo. De la misma manera, de nada sirve que demos grandes enseñanzas de principios bíblicos, si no podemos mostrarlos prácticamente con nuestro testimonio personal. Palabras tales como: misericordia, amor, perdón, moral, más que ser escuchadas, necesitan ser vistas y experimentadas, para ser aprendidas por ellos. Si deseamos enseñarles, por ejemplo, acerca del amor de Dios, pero nunca nos

ven expresar nuestro afecto a través de caricias, del tiempo que les dediquemos, de palabras afectuosas, probablemente a nuestras palabras *se las lleve el viento*. Nosotros, a través de nuestro ejemplo, podemos generar en ellos el deseo de seguir nuestros pasos o el de rechazarlos.

2) La puesta de límites

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (Hebreos 12:7).

Dios, como nuestro Padre, también nos pone límites, y lo hace a través de su Palabra. No debiera representar para nosotros ningún tipo de conflicto el hecho de tener que poner límites a nuestros hijos. Los límites no deben ser asociados a ciertas actitudes como la violencia, la tiranía o la represión, sino todo lo contrario; cuando hablamos de disciplina hablamos de un orden, de pautas establecidas acerca de lo que está permitido hacer y lo que no dentro de nuestros hogares. Ciertamente, los límites claros traerán sentimientos positivos, como el desarrollo de autoconfianza, independencia y capacidad de formación de una identidad sólida. Por el contrario, la falta de estos solo generará hijos descuidados, desordenados, que crecerán sin saber qué es lo correcto y lo apropiado para cada situación en la vida.

3) La valoración constante

“Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y yo te amé; daré, pues, hombres por ti, y naciones por tu vida” (Isaías 43:4).

Dios es el mejor ejemplo que podemos encontrar al respecto. La Biblia abunda en pasajes donde el Señor tiene palabras de reconocimiento sobre el potencial de sus hijos. Como padres, esta práctica traerá a nuestros hijos sanidad de corazón, evitará la autoestima baja, la inseguridad y la confusión en el momento de forjar la verdadera identidad.

Nuestros hijos deben saber que nuestro amor no está en juego en el momento de aplicar una corrección, sino que, por el contrario, porque los amamos es que los corregimos. Valorarles es tener claridad acerca de su destino, hacérselos saber y recordárselos continuamente; cuando nos ocupamos de recordarles su propósito en la vida y su capacidad para llevarlo adelante, y somos perseverantes en ello, el resultado será que no serán presa del temor ni de la incertidumbre acerca de lo que Dios habrá de hacer con sus vidas también.

Conclusión

Fuimos encomendados por Dios para una de las tareas más importantes: formar un pueblo digno, un pueblo que le adore y que le sirva, y el desafío comienza en nuestro hogar. Que el Señor nos ayude para que sepamos utilizar las herramientas que él nos ha entregado para alcanzar los fines que nos hemos trazado.

Clase N°14

CARACTERÍSTICAS DE UN DISCÍPULO DE JESÚS

Hoy en día, el decir a alguien *señor* es una vulgaridad. Cualquiera es considerado o llamado *señor*, sin importar su reputación o forma de vida. Hace treinta o cuarenta años atrás, un *señor* era alguien que reunía ciertos requisitos, como cumplir con su palabra, pagar sus deudas a tiempo, una persona amable, confiable, etc. En la época medieval, *señor* era un título jerárquico que muchas veces se heredaba. En los tiempos bíblicos, el significado era mucho más profundo.

La palabra *señor* proviene de la palabra griega *kyrios*, cuyo significado es más amplio. Esta palabra se utilizaba durante el imperio romano y abarcaba los siguientes conceptos:

- *Dueño* (el que posee)
- *Amo* (el que ordena)
- *Soberano* (el que ejerce)
- *Máxima autoridad* (el que decide)
- *Jefe* (el que manda)

La palabra *señor* también está íntimamente relacionada con la obra de una persona. Por ejemplo: cuando uno menciona la palabra *esposo*, indirectamente está hablando de que existe una esposa. Si hablamos de *padre*, indirectamente vinculamos a sus hijos. Cuando decimos *señor*, estamos relacionando que existe un *siervo*.

1) Ser un discípulo es ser un siervo

“¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírvenme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17: 7-9).

Tal era el lugar que ocupaba un siervo ante su amo, según lo que nos relata Jesús. El siervo estaba dispuesto a servir a su amo en todo momento, aun después de una jornada cansadora de trabajo; no esperaba el agradecimiento, porque consideraba que solo había hecho lo que le correspondía, nada más.

El esclavo era aquel que había perdido todo: su libertad, su voluntad, hasta su identidad. No solo no podía decidir dónde y cuándo ir, sino que tampoco consideraba rebelarse, ya que su característica era la obediencia inmediata. Incluso perdía su identidad familiar cuando era comprado por otro amo. Los esclavos eran expuestos en el mercado como un objeto, con una tablita colgada de su cuello con sus características y habilidades. Los *señores* pasaban frente a ellos y compraban el esclavo que les gustaba y le ponían una marca para identificarlos como propiedad. Esa marca se hacía horadando la oreja del siervo con un aro que llevaba el nombre del amo. El *señor* (el *kyrios*) era un hombre que tenía propiedades, dinero y gran cantidad de esclavos.

Un discípulo es más que un alumno delimitado por dos o tres horas de clase con su maestro. El discípulo tiene una relación las 24 hs. del día con su líder y es afectado en todas las áreas de su vida por él. Los discípulos de Jesús eran aquellos que le seguían, sin

importar el precio que debían pagar. *Un discípulo es alguien que acepta y vive con Jesús como Señor-kyrios de su vida.*

El apóstol Pablo, cuando se encontró con Jesús, lo primero que hizo fue conocerlo como Señor: *“¿Quién eres, Señor?”* (Hechos 9:5); y lo segundo que hizo fue entregarle su vida, rendirse por completo delante de él, como un siervo: *“¿Qué quieres que yo haga?”* (Hechos 9:6).

Pablo se rindió por completo como un esclavo a su señor. Nadie puede rendirse por completo a Dios, si primero no conoce a Jesús como Señor de su vida.

2) Reconocer a Jesús como Señor del universo

Él es Señor sobre todo:

a) Sobre el reino de la naturaleza

“¿Qué hombre es este, que aun los vientos y el mar le obedecen?” (Mateo 8:27; Marcos 4:41; Lucas 8:25).

b) Sobre el reino de los vivientes

“para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa” (Mateo 9:6).

c) Sobre el reino de los demonios

“¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (Marcos 1:27).

d) Sobre el reino de los muertos

“Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído... Y habiendo dicho esto,

clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario” (Juan 11: 41-44).

e) Sobre los ángeles del cielo

“¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mateo 26:53).

3) Reconocerlo como Señor de mi vida

Nadie puede servir a Jesús sin primero conocerle como Señor de su vida, y esto significa entregarle absolutamente *todo* lo que somos. Muchas personas retienen algo para sí, guardan algo para mantener el control, se resisten a entregarle todo a Dios. Quien en verdad tiene el anhelo de convertirse en un verdadero discípulo de Cristo, estará dispuesto a entregarse por entero en su altar.

a) Señor de mi voluntad

“Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6).

Cuando nos damos cuenta del alcance del señorío de Cristo, del Nombre que está sobre todo nombre, del lugar que está por encima de todas las cosas, nuestra pregunta es: *“¿Qué puedo hacer?”*; dejamos de exigir que las cosas sean a nuestra manera, y comenzamos a poner la voluntad de Dios en primer lugar: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39).*

El Señor busca que dobleguemos nuestra voluntad, que la sepultemos para someternos a la suya.

b) Señor de mi tiempo

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42).

En la Iglesia Primitiva, no solo perseveraban unidos, sino que estaban *todos los días* en comunión. No escatimaban su tiempo para estar en las cosas de Dios. En nuestras vidas, a veces tenemos tiempo para sentarnos a mirar una película de tres horas de duración y no tenemos tiempo para sentarnos en un culto completo.

Si nos hacemos el tiempo para estar con Dios y ser parte de su obra, él suplirá las necesidades de trabajo, estudio o cualquier otra área de nuestras vidas (Mateo 6:33).

c) Señor de mi familia

“Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Malaquías 4:6).

Nuestras familias, las personas con quienes convivimos, son los primeros en darse cuenta del señorío de Cristo en nuestras vidas. Jesús ordena los roles familiares, cambia la atmósfera del hogar y los hijos desean tener al Dios de sus padres.

Los consejos de Dios para cada miembro de la familia son:

- *Casadas:* estad sujetas en todo a vuestros esposos (Efesios 5:22).
- *Maridos:* amad a vuestras esposas como Cristo se entregó por su iglesia (Efesios 5:25).
- *Hijos:* someteos a vuestros padres y denle honra (Efesios 6:2).

Si el Señor es Señor también de nuestra familia, aplicaremos estos principios y cambiaremos el ambiente de nuestro hogar.

Los adolescentes se molestan con la hipocresía de los padres. Muchas veces, los ven adorando al Señor el domingo en la iglesia, escuchan las enseñanzas sobre la familia, pero cuando llegan a su hogar se encuentran con padres que se gritan, se insultan, les falta sujeción y tienen rebeldías. Todo esto hace que nuestros hijos no quieran saber nada con Dios ni con la iglesia, porque no ven el señorío de Cristo sobre sus padres, sino solamente religiosidad.

d) Señor de mis bienes

“La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hechos 4:32).

Muchas veces, resulta fácil proclamar a Jesús como Señor de la naturaleza, del universo, de nuestra familia, pero es difícil dejarlo ser Señor de nuestros bienes y de todo lo que poseemos. Los discípulos de la Iglesia Primitiva se habían entregado de tal manera a Dios, que todo lo que tenían lo ponían a los pies de los apóstoles para que, a su vez, lo repartieran entre sus hermanos: *“no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”* (Hechos 4: 34-35).

Cuánto tenemos que aprender de aquellos primeros creyentes; Dios está esperando que pongamos todo lo que tenemos a su disposición, incluso nuestros bienes materiales. Porque si hay una forma en que él desea bendecir a sus hijos, es a través de

aquellos que han entendido que deben ser una bendición para quienes les rodean.

Conclusión

A menos que estemos dispuestos a aceptar el señorío de Cristo en todas las áreas de nuestras vidas, será muy difícil que podamos convertirnos en verdaderos discípulos del Señor: *“cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:33).

Clase N°15

NUESTRO DISTINTIVO

*“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros;
como yo os he amado, que también os améis unos a otros.
En esto conocerán todos que sois mis discípulos,
si tuviereis amor los unos con los otros”*

Juan 13: 34-35

La primera característica de un discípulo es aceptar y vivir el señorío de Cristo. Es decir, que todas las áreas de su vida estén bajo la guía de Dios. Esto nos ayuda a corroborar con nuestro testimonio que no estamos dando solo palabras, sino ofreciendo vida.

La segunda característica del discípulo es el amor. El discípulo es el que conoce y actúa en el amor de Jesús. No seremos conocidos como discípulos por el tamaño de nuestra Biblia, por la elocuencia de nuestras palabras, por la cantidad de días que ayunamos o la cantidad de actividades en las que estamos involucrados dentro de la iglesia. Verán que somos seguidores de Cristo por el amor que encuentren en nosotros y entre nosotros.

¿Cuán importante será el amor?

Sin oxígeno no se puede vivir; sin amor, tampoco. Es imposible pensar en la vida, una familia, una iglesia, sin amor. Una de las pocas cosas eternas es el amor (1° Corintios 13:8).

El amor es una revelación que comienza a fluir por decisiones que tomamos.

1) La revelación del amor

- a) No es un razonamiento intelectual que se aprende o se entiende con la mente

“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1º Juan 1:7).

“El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1º Juan 2: 10-11).

Tener luz es lo mismo que tener amor. Tener luz no significa tener visiones, tener sueños, ver ángeles; tener luz es *tener amor*.

El que aborrece está en tinieblas. La oscuridad trae soledad, no nos permite ver. Podemos estar en un lugar oscuro con mucha gente, pero nos vamos a sentir solos, porque no los podemos ver. La oscuridad es individualismo; tenemos comunión si estamos en luz y estamos en compañerismo. Esas tinieblas desaparecerán cuando actúe el amor.

- b) El amor es evidencia de nuestra relación

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1º Juan 3:14).

¿Cómo saber si nacimos de Dios? ¿Cómo saber si tuvimos un encuentro con Dios? El amor es la evidencia. Podemos estar las 24 hs. dentro de la iglesia ejerciendo un ministerio, pero si no tenemos amor, no nacimos de Dios, ni le conocemos: *“Amados, amémonos*

unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1º Juan 4: 7-8).

El amor es fruto del Espíritu Santo en nuestras vidas; si él fluye en nosotros, el amor fluirá sin esfuerzo.

2) El precio del amor

a) *“Como yo os he amado”* (Juan 13:34).

El primer mandamiento es: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Marcos 12: 28-30); pero este se complementa con el nuevo, que dice: *“como yo os he amado”*.

Jesús corre los límites del mandamiento. ¿Cómo nos amó Jesús? Hasta la muerte; aun en la traición y en el olvido, él nos amó; aun cuando Pedro le negó, él seguía amándolo; en el engaño, en la adversidad, Jesús seguía amando en medio de la decepción.

Jesús declara: *“Ámense como yo los he amado”*. Se trata de entregar nuestra vida; es darse uno mismo, no solo en un sentido material: es entregar nuestro corazón.

¿Cuál es el precio de amar de esta manera?

Morir, entregar toda la vida. Este tipo de amor aniquila el *yo*. La sociedad, el mundo en que vivimos, se ocupa de construir el *yo*, el *ego*; es muy común escuchar: *“Si tú no te ayudas, nadie te va a ayudar. Si tú no haces algo por ti mismo, nadie lo va a hacer”*. La sociedad edifica el individualismo de la persona. Pero la enseñanza de Jesús va totalmente en contra, llevándonos a centrarnos en el otro como prioridad para nuestra vida: *“estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”* (Filipenses 2:3).

b) El significado del amor

- *Amar es entregar*

Lo opuesto al amor no es el odio, sino el egoísmo, que no es otra cosa que el individualismo al que nos lleva la oscuridad de la sociedad.

Cristo se entregó a sí mismo por amor a nosotros; pero nosotros ¿qué entregamos por amor a él? ¿Qué entregamos por amor a nuestros hermanos?

Cuando nos entregamos a Cristo, el lugar que ocupa nuestro *yo*, lo tienen que ocupar él.

- *Amar es invertir tiempo*

Uno tiene tiempo para lo que le importa. Aquello a lo que le dedicamos más tiempo es aquello que es importante para nuestro corazón. Cuando Cristo ocupa el primer lugar en nuestra vida, estaremos dispuestos a servirle en todo tiempo, en todo lugar, sin escatimar esfuerzos ni energías. Y cuando su voluntad y el deseo de su corazón son los mismos que los nuestros, estaremos dispuestos a entregarnos por nuestros hermanos siempre que la necesidad lo requiera.

- *Amar es una decisión*

A veces creemos, de manera equivocada, que el amor es una emoción o un sentimiento cuando, en realidad, el amor es una decisión de la voluntad.

Siempre que Dios nos pide algo, es porque primero él nos lo entregó. Nadie puede dar lo que no tiene; si Jesús está en nosotros, y su amor nos llena, entonces tenemos de ese amor para dar a los demás.

3) Jesús entregó su amor para que seamos uno

“no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado (Juan 17: 20-23).

El propósito de Dios es que seamos uno. El precio de ser uno en amor es llegar a perder nuestra propia identidad para ser uno con nuestro hermano.

Conclusión

Jesús vendrá a buscar una Iglesia, no a un creyente. Uno de los poderes más fuertes que destruyen al mundo y a la familia es el individualismo. Así llegamos nosotros al Señor, y así llegarán muchas personas también. Debemos activar el amor que está en nosotros, procurar caminar unidos al Cuerpo, no hacer nuestro propio *reino*, sino trabajar para el Reino de Dios, bajo la guía de nuestros líderes y alineándonos al curso de la misión que el Señor nos ha entregado.



www.casasegurapublicaciones.es